

LA MO:IA





TERESA VIEDMA JURADO

Adela acabó de mullir con fuerza el colchón de lana, después estiró con cuidado las sábanas y colocó la colcha y los cojines. No satisfecha aún, repasó las pequeñas, casi invisibles, arrugas. Contempló su obra: la cama estaba perfecta. Esperaba que su madre pensara igual; no sabía por qué pero, por mucho que se esmerara, mamá siempre encontraba algún defecto en todo lo que hacía. Y lo más curioso es que después de cada reproche, también ella se daba cuenta de que era un desastre.

Bajó las escaleras con sigilo. Quizás tuviera suerte y su madre aún estuviera durmiendo; en ese caso podría salir, después le diría que había ido a la Iglesia con Juliana, ya que Pilar estaba trabajando en la tienda.

En eso discurrían sus pensamientos cuando la puerta del cuarto de baño se abrió y doña Luisa clavó la mirada en su hija.

- ¿Dónde vas?**
- A ninguna parte, mamá –Adela se miró el bolso colgado de su brazo– quiero decir... a misa.**
- ¿A misa? ¿Un lunes por la mañana?**
- Sí, es que Juliana me ha pedido que la acompañe. Quiere oír una misa por la memoria de su hermano.**

- No sabía que hubieran pedido ninguna misa por su hermano Francisco, no me han invitado.
- ¡No, no! No es nada oficial. Después harán otra, solo quiere ir a rezar un rato.
- Esa Juliana es tonta, siempre te lo he dicho.
- Sí mamá.

Adela soltó el bolso en el bastonero de la entrada y se dirigió a la cocina.

- ¿Qué haces? Vete a misa. Faltaría que dijera la gente que no somos buenos vecinos. Aunque esta tarde irás otra vez; ha muerto Cándido, el pescadero, tu padre lo está amortajando.
- ¿Sí?, ¿qué caja ha elegido?, ¿una de las caras?
- Sí, la de madera de caoba con el crucifijo dorado.
- ¡Qué preciosa! Siempre me ha gustado ese modelo.
- Sí, ya te vi ayer meterte en ella. ¡Estás tonta! Podías haber ensuciado el sudario de raso y sería una caja desperdiciada. ¡Con los buenos dineros que le hemos sacado!
- Entonces iré con Juliana al velatorio a dar el pésame.
-

Adela cogió de nuevo su bolso y salió feliz. Ocurría algo nuevo en el pueblo, algo distinto con lo que entretenerse

hablando con unos y con otros. Este mes estaba de enhorabuena: con este, iban dos muertos.

El pueblo vivía el revuelo. Las viejas se apresuraban calle abajo, todas ellas de negro riguroso, las ricas con zapatos, las pobres con zapatillas de paño, todas ellas con los juanetes señalados.

Llegó asfixiada a la tienda de ropa donde trabajaba Pilar.

- Pilar, ¿te has enterado?
- ¡Claro! ¿Cómo no me voy a enterar? Mi jefa ha ido a dar el pésame, yo me tengo que quedar aquí sacando las rebecas negras. El verano se ha acabado de sopetón y esta tarde hará fresco en el entierro. Quizás pueda vender algunas de estas tan finas; mira que botones de nácar tan elegantes. No hace tiempo de ponerse lana, estas son de perlé y hacen el juego estupendamente.
- Sí señora, muy finas. Se lo diré a mi madre a ver si puedo comprarme una.
- Adela, tienes casi cuarenta años, deberías poder decidir algo en tu vida.
- No, si yo decido, lo que pasa es que se lo tengo que preguntar.
- ¡Claro! Le tienes que preguntar si puedes decidir o no – Juliana acababa de entrar en la tienda–. Ve y le preguntas, hoy estará de buenas, como hay muerto...

- **¡Mira qué...! –Pilar puso un gesto hosco, de enfado.**
- **¿Qué?**
- **Que siempre estás con las faltas de respeto, Juliana. Si ella le quiere preguntar a su madre si se compra una rebeca o no, eso es cosa suya.**
- **¡Claro! Con cuarenta años y su dinero en el banco, tiene que preguntar.**
- **Es que es mi madre, y solo tengo treinta y tres.**
- **Treinta y ocho para treinta y nueve, que se te olvida que fuimos juntas al colegio...**
- **¡A callar! –dijo Pilar.**

La puerta se abrió de nuevo y entró la sacristana.

- **Buenos días. ¡Qué desgracia! ¿Tienes una rebeca negra que sea fina?**
- **Sí, por supuesto –Pilar echó una mirada profesional a la intrusa y sacó una rebeca de la talla cuarenta y seis del estante.**
- **¡Oh, qué bonita!, ¿pero será apropiada?**
- **¡Claro que es apropiada! Mira que tejido, y que buena hechura.**
- **Es que esos botones son demasiado elegantes, va a parecer que voy de fiesta.**
- **No, por Dios, ¿a qué fiesta vas a ir con una rebeca negra de perlé?**

- **No sé, pero me parece atrevida.**
- **Pues yo me voy a comprar una –intervino Adela.**
- **¿Sí? –preguntó la sacristana–, ¿lo sabe doña Luisa?**
- **¡Claro! Y le ha gustado mucho –mintió Adela.**
- **Bueno, siempre puedo cambiarle los botones por unos negros pequeños y después volvérselos a poner pasado el luto. Cándido era primo segundo de mi padre.**
- **Pues eso está muy bien. Te la envuelvo. Llégate a la mercería de Emilita y te compras unos botones negros corrientes para el luto.**
- **Mira quien está ahí enfrente –Juliana soltó una carcajada.**

Todas volvieron la cabeza hacia la calle.

- **Tu primo Adolfo –Pilar volvió al mostrador a colocar las rebecas.**
- **Estará buscándome –Adela se sonrojó al hablar.**
- **Parece que más bien busca a tu padre, mira como corre calle abajo tras él – dijo con sorna Juliana.**

Adela abrió la puerta y corrió tras ellos pero se perdieron de su vista al torcer la calle.

Adolfo estaba a punto de alcanzar a su tío, cuando este se paró a hablar con Don Jesús, el notario.

“¡Cómo se notan los dineros! ¡Qué buena capa lleva, elegante y de buen paño! Tengo que conseguir a cualquier precio quedarme con todo, aunque me tenga que casar con la tonta de mi prima. No es nada agraciada y tiene más bigote que yo, pero está loca por mí. A cambio manejaría todas las propiedades, sería el dueño y señor del dinero. Adela es demasiado simple, no hará ni dirá nada en contra de su marido. Decidido: le diré que quiero pedirle a mi tío su mano pero que no tengo dinero para el aderezo. Merecerá la pena”
–pensó Adolfo.

- ¿Qué tal, sobrino? Estás ahí parado, como *ennortado* – su tío se acercó volviendo la capa sobre sus hombros.
- Buenos días tío, lo siento, no quería molestarle, le he visto con el notario.
- Sí, he comparado otras cien cuerdas de olivos que lindaban con los míos. A la dueña, la vieja de la posada, le hace falta el dinero para costear la boda de su hija que se ha quedado preñada de ese vago, el hijo de Pepe *Piesligeros*, así que se los he comprado por la mitad de su precio. Cuando hemos hecho el trato, me ha mirado con cara de asco, me ha dicho que el precio no era justo y yo

le he dicho que se hubiera ocupado de mantener a su hija con las piernas cerradas. ¡Jajaja! –rió.

- Muy cierto tío, hay muy pocas mujeres honestas... Adelita sí lo es, sin duda...
- Ahora no puedo entretenerme, tengo un entierro, me han encargado el servicio, he vendido la caja y si voy yo con el zagalón que tengo contratado, me ahorro un jornal de otro obrero. Luego hablamos, sobrino.

Adolfo se quedó mirando como su tío se alejaba con rapidez hacia el domicilio del difunto Cándido. Se preguntó qué haría su mujer con el pescado que le habrían llevado esa mañana, no podía abrir la pescadería y al día siguiente alguien se ocuparía de venderlo oliendo a poco fresco...

Adela corrió hacia él.

- Hola primo.
- Hola Adelita. ¡Estás guapísima!
- ¿Quién, yo? –se sonrojó incrédula.
- Sí, claro. Ese vestido *beige* te queda precioso.
- ¿Tú crees? A mí me parece que no me favorece nada, pero mamá siempre dice que una mujer decente se pone siempre un vestido de mañana de color beis.

- **Tía Luisa tiene razón. Eres una jovencita decente y muy atractiva. Seguro que tienes muchos moscones a tu alrededor.**
- **¿Yo? ¡No, por Dios! ¿Cómo voy yo a tener moscones? Además ya no soy tan jovencita.**
- **Anda, anda, si pareces una niña. ¿Y dices que no tienes por ahí ningún novio?**
- **No.**
- **¿Pero a ti te gustará alguno, no?**
- **Bueno, yo...**
- **¡Dios mío! No me digas que estás enamorada de algún mozo, me romperías el corazón.**
- **Pero, Adolfo, ¿qué dices?**
- **Adelita, estoy enamorado de ti, creo que siempre lo he estado. Quiero casarme contigo, eres la mujer de mi vida.**
- **No entiendo, nunca me has dicho nada.**
- **Es que soy muy tímido... –Adolfo reprimió una carcajada.**
- **¿Casarnos? –Adela no daba crédito.**
- **Con el consentimiento de tu padre, claro. Tendré que pedirle tu mano, si me aceptas, claro.**
- **Sí, sí, claro que te acepto –Adela empezó a sudar de los nervios.**

- Es que yo, ahora mismo, no tengo casa, mi trabajo en el banco no da para mucho... Mi padre nunca hizo tanto capital como el tuyo, murió joven y mi madre...
- Eso no importa, yo tengo mucho y será todo tuyo. ¿Cuándo pedirás mi mano?
- No sé, yo quisiera cuanto antes, pero tendré que ahorrar para comprarte el aderezo, me faltan aún unos pocos dineros, por eso no te había dicho nada, pero cuando te he visto así, con ese vestido, andando por la calle, he pensado que si no te reclamaba para mí, otro se me adelantaría.
- Tengo dinero guardado. No lo sabe nadie, ni mi madre siquiera. Te lo puedo dar para que me compres el aderezo.
- No, no, no puedo consentirlo.
- Pero, ¿por qué? Me lo devolverás. Yo quiero casarme ya, y.... tener hijos.
- Adela, no me digas esas cosas.... mira que no respondo. Corre, entra en ese portal. Tengo algo que decirte.

Adela entró nerviosa en el portal de la casa. Acababan de ver salir a la dueña camino del velatorio.

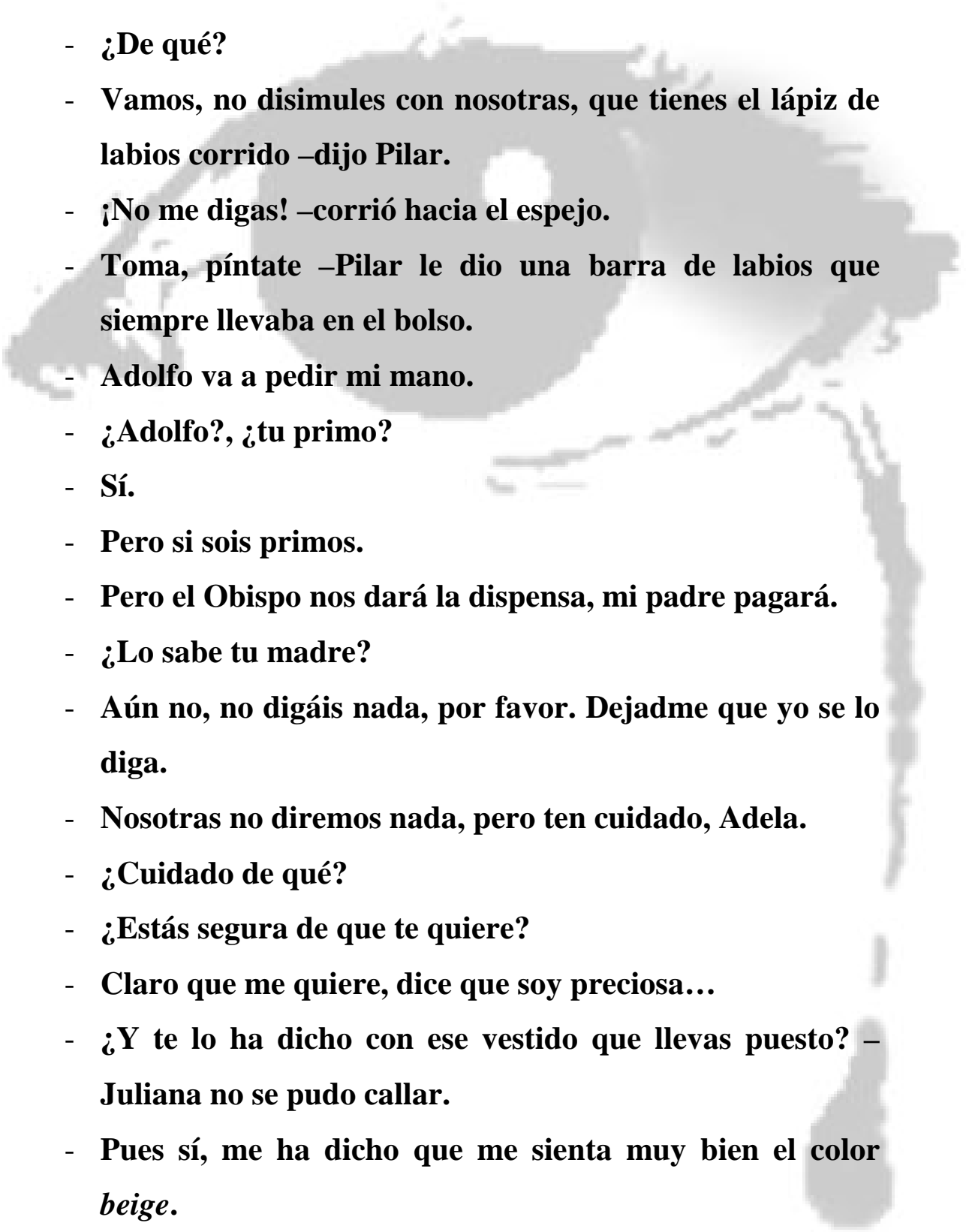
- ¿Qué me quieres decir?
- Esto –contestó Adolfo besándola en la boca–. Sí, dame el dinero, no puedo aguantar más sin casarme contigo.

Juliana miraba a través del cristal de la puerta de la tienda de Pilar.

- **¡Qué raro!**
- **¿Raro, qué?**
- **Adela. Lleva un buen rato hablando en la esquina con su primo Adolfo, ese mezquino de tres al cuarto y ahora, los dos se han metido en un portal.**
- **¿En un portal?**
- **Sí, en el de mi cuñada Ana.**
- **Pues habrán entrado a hablar con ella.**
- **No, porque mi cuñada acababa de salir a la vela.**
- **¿Qué? No me lo puedo creer.**
- **Mira, mira. Ahora sale Adela.**
- **A ver... Madre mía, si va tropezando con sus propios pies –dijo Pilar.**
- **Viene hacia aquí. Mira, ahora sale el primo del portal y va corriendo calle abajo.**
- **A lo mejor es que le gusta a su primo.**
- **A él no –sentenció Juliana.**
- **¿Por qué lo dices?**
- **Porque él no ha vuelto si quiera la cabeza para mirarla.**

Adela empujó la puerta de la tienda.

- **¿Qué ha pasado? –Juliana no pudo aguantar.**

- 
- ¿De qué?
 - Vamos, no disimules con nosotras, que tienes el lápiz de labios corrido –dijo Pilar.
 - ¡No me digas! –corrió hacia el espejo.
 - Toma, píntate –Pilar le dio una barra de labios que siempre llevaba en el bolso.
 - Adolfo va a pedir mi mano.
 - ¿Adolfo?, ¿tu primo?
 - Sí.
 - Pero si sois primos.
 - Pero el Obispo nos dará la dispensa, mi padre pagará.
 - ¿Lo sabe tu madre?
 - Aún no, no digáis nada, por favor. Dejadme que yo se lo diga.
 - Nosotras no diremos nada, pero ten cuidado, Adela.
 - ¿Cuidado de qué?
 - ¿Estás segura de que te quiere?
 - Claro que me quiere, dice que soy preciosa...
 - ¿Y te lo ha dicho con ese vestido que llevas puesto? –
Juliana no se pudo callar.
 - Pues sí, me ha dicho que me sienta muy bien el color *beige*.
 - Pues entonces ya sabes que te está mintiendo, porque en toda mi vida no he visto un color que te quede peor.

- **Envidia, eso es lo que tenéis, envidia de que yo no vaya a ser una solterona como vosotras... No seré tan guapa como Pilar, pero tengo mucho atractivo.**
- **¿Atractivo? Tú lo que tienes es mucho dinero. Seguro que no tardará en pedírtelo –señaló Juliana.**

La cara de Adela se tornó pálida.

- **¿Por qué lo dices?**
- **Porque ese está siempre detrás de tu padre a ver si pilla algo de cuartos y, por cierto, también detrás de Carmencita, a ver si le saca algo, que no es dinero...**
- **¡Mentira! –Adela abrió la puerta y salió corriendo hacia su casa.**
- **¡Qué sinvergüenza tan grande! –dijo Pilar**
- **Y que lo digas –contestó Juliana.**

Desde la cancela, doña Luisa, veía a su hija caminar apresuradamente calle abajo, hacia la plaza. Tan solo unos minutos antes Adolfo, el sobrino de su marido, había hecho el mismo recorrido.

“Esta hija mía es tonta”, pensó.

Adolfo entró en casa de Cándido, que estaba de cuerpo presente. Don Adolfo, su tío y padrino, del que hasta ese momento solo había heredado el nombre, era un hombre muy ocupado. Tenía que aprovechar el momento: daría el pésame y hablaría con su tío de sus intenciones de boda...

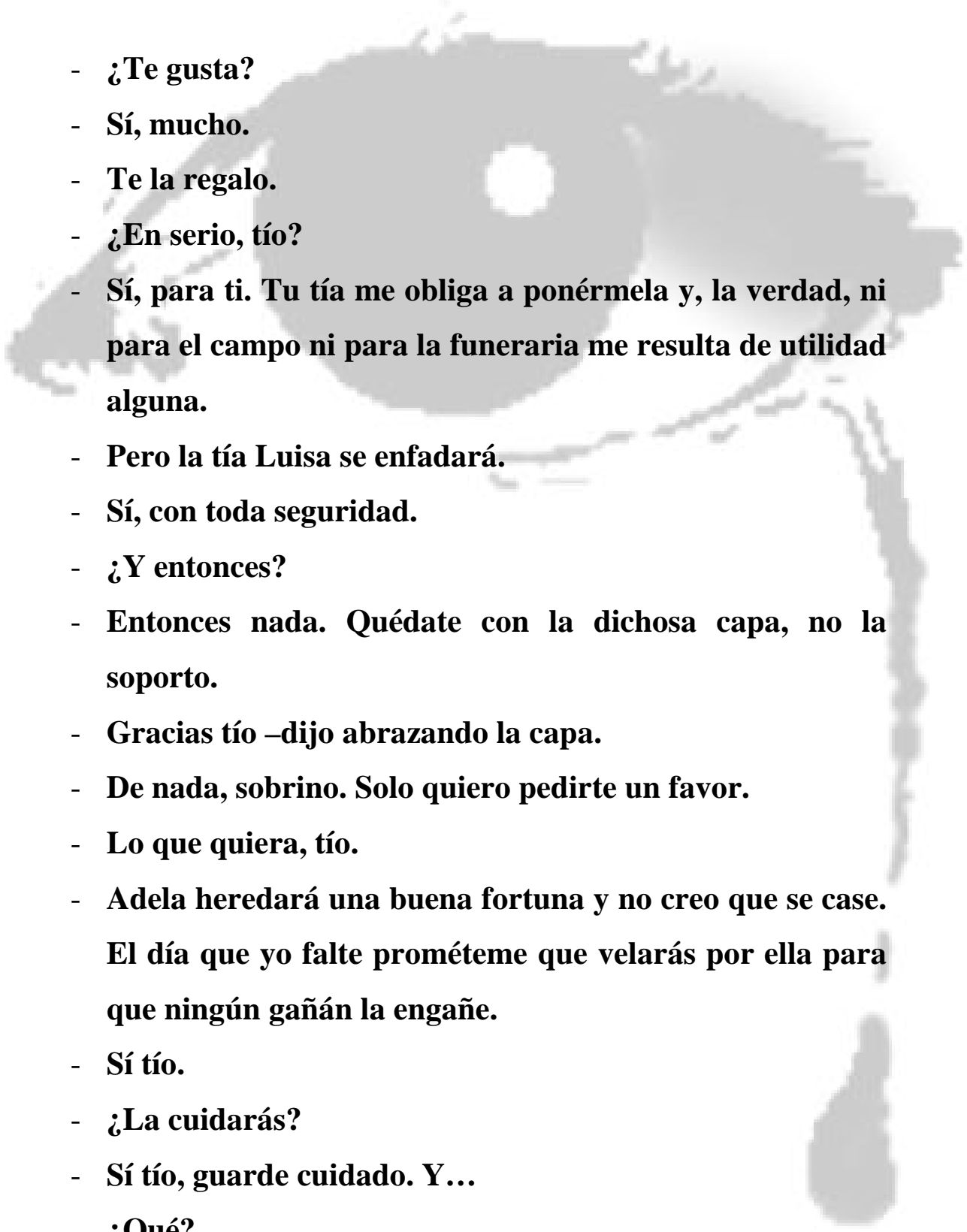
En el salón, las mujeres sentadas en incómodas sillas de madera rezaban el rosario y al fondo, en el dormitorio, el féretro donde descansaba el difunto Cándido, con traje negro y los brazos cruzados sobre el pecho. En el centro de la sala la viuda, doña Inés y su hija, Inesita, cogidas de la mano, con los ojos enrojecidos por el llanto.

Se acercó a la familia.

- **Mi más sentido pésame –dijo mientras buscaba con la mirada a su tío.**
- **Gracias –contestó la viuda asombrada al ver que entraba a toda velocidad en el dormitorio.**

Sobre la cama del difunto descansaba la capa de su tío. Adolfo la cogió y se la puso sobre los hombros.

- **¿Qué ocurre sobrino, tienes frío? –la voz de don Adolfo sonó a sus espaldas.**
- **Perdone tío –solo quería ver cómo me quedaba.**

- 
- ¿Te gusta?
 - Sí, mucho.
 - Te la regalo.
 - ¿En serio, tío?
 - Sí, para ti. Tu tía me obliga a ponérmela y, la verdad, ni para el campo ni para la funeraria me resulta de utilidad alguna.
 - Pero la tía Luisa se enfadará.
 - Sí, con toda seguridad.
 - ¿Y entonces?
 - Entonces nada. Quédate con la dichosa capa, no la soporto.
 - Gracias tío –dijo abrazando la capa.
 - De nada, sobrino. Solo quiero pedirte un favor.
 - Lo que quiera, tío.
 - Adela heredará una buena fortuna y no creo que se case. El día que yo falte prométeme que velarás por ella para que ningún gañán la engañe.
 - Sí tío.
 - ¿La cuidarás?
 - Sí tío, guarde cuidado. Y...
 - ¿Qué?
 - Si Adelita no se casa, ¿quién heredará el anillo con el brillante que tiene usted?

- **Mientras mi hija viva, será suyo, después si la sobrevives, supongo que a ella no le importará que lo heredes tú, para algo eres mi ahijado. Pero, por ahora es mío, que aún estoy vivo, ¡carajo!**
- **Claro, claro, por supuesto.**
- **Estupendo. Ahora ponte la dichosa capa y ayúdame a sacar al muerto hasta la Iglesia.**

Adela, al no encontrar a su primo, volvió a casa y subió las escaleras hasta su dormitorio. Cerró la puerta con llave y sacó del armario una pequeña caja de puros. Se tumbó sobre la cama y abrió la caja. Cogió un fajo de billetes, los enrolló y los guardó en su bolso.

- **¡Adela! –gritó su madre.**
- **Sí, mamá.**
- **Están aquí tus amigas.**
- **¡Ya bajo!**

En el salón, encontró a su madre hablando con Juliana y Pilar.

- **¿Dónde vais?**
- **Vamos a dar el pésame. Mi jefa acaba de volver a la tienda y tengo un rato para acompañar a Inés –contestó Pilar.**

- **Sí, vamos –Adela acababa de llegar.**
- **¿No te cambias de vestido? El beis no es apropiado para un muerto –su madre la miró de arriba abajo.**
- **No, mamá, no pasa nada.**
- **Sí pasa, ponte uno de medio luto –contestó doña Luisa.**
- **Es que con este estoy muy atractiva.**
- **¿Cómo dices? –Doña Luisa levantó la ceja izquierda mostrando un gesto de sorpresa.**
- **Sí, me ha dicho el primo Adolfo que estoy muy atractiva con el vestido beige.**
- **¡Acabáramos! Sube ahora mismo y te cambias. Ponte algo más oscuro para ir al muerto, aunque no sean familia, hay que mostrar respeto: nunca se sabe cuándo le va a tocar a uno.**
- **¡Pero mamá!**
- **Mire doña Luisa –interrumpió Pilar sacando de una bolsa una de las rebecas negras de perlé con botones de nácar – ¿No es preciosa para Adela? Le quedaría estupenda con el vestido blanco y negro.**

Adela contuvo la respiración.

- **¿A ver? –Umm... No está mal. ¿Y de precio?**
- **Muy económica. Ya sabe usted que mi jefa siempre le hace un quince...**
- **Muy bien. Pruébatela con el vestido blanco y negro, Adela.**

- **Gracias, mamá.**

Subió las escaleras como loca a ponerse el vestido con la rebeca nueva, mirando agradecida a Pilar. Juliana observaba divertida los zapatos anticuados de puntera cuadrada de doña Luisa mientras Pilar, ruborizada, le hincaba el codo en las costillas.

- **¡Ay! ¿Qué pasa?**
- **Nada, Juliana, que es tarde.**
- **Bueno, y a mí qué me cuentas. A ver si baja Adela y nos vamos.**

Adela apareció en el umbral de la escalera.

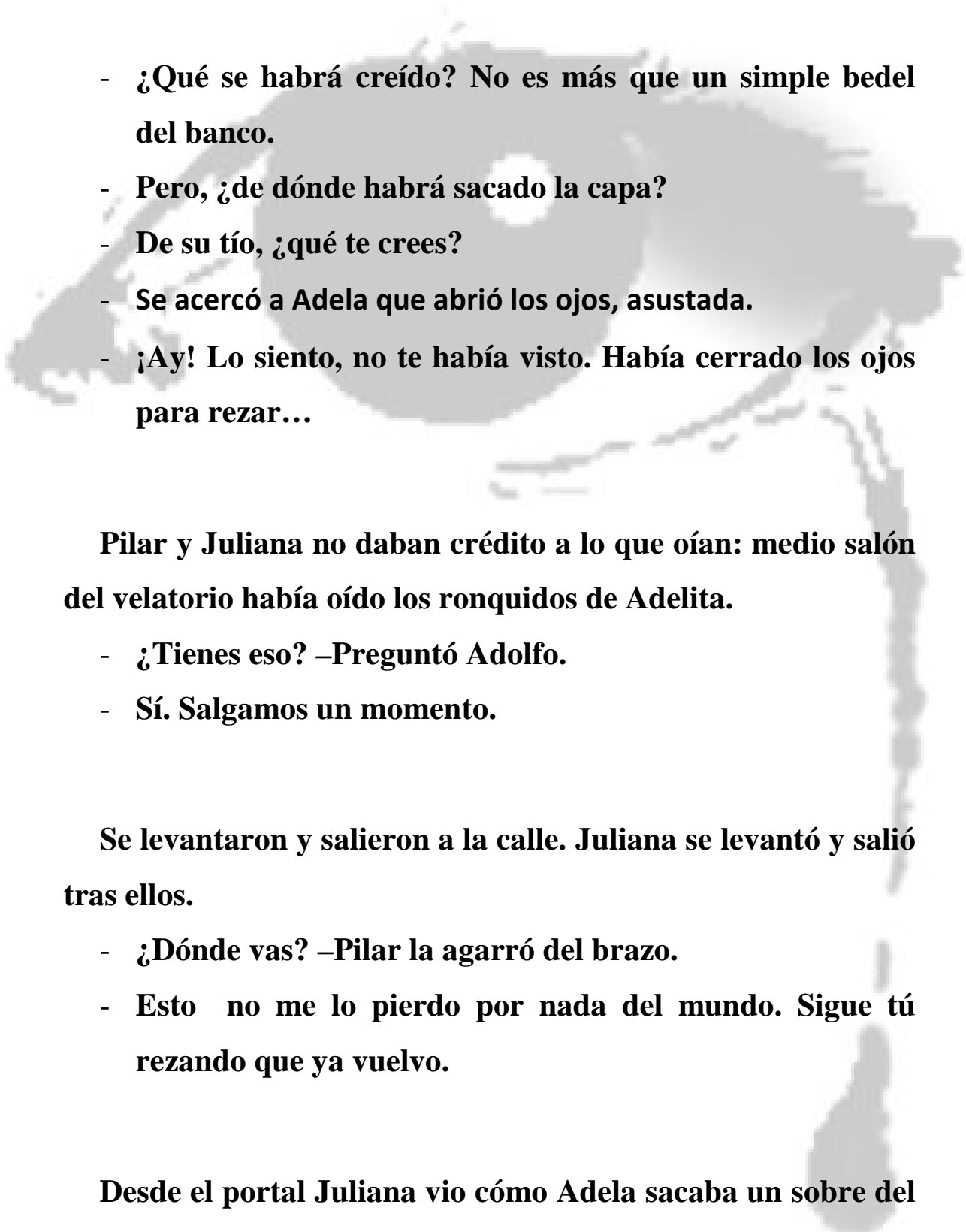
- **¿Qué tal me queda?**
- **¡Ea! Bueno, mejor que el beis –dijo Juliana.**
- **Vámonos –se apresuró Pilar para evitar más discusiones.**

Una vez en el velatorio, Pilar y Juliana miraban a su amiga que se había quedado dormida en una silla después de haber dado el pésame.

- **¡Mira qué! ¿Qué le pasará a Adelita? Se duerme en todas partes, hasta en el muerto.**
- **Me da pena. Mira que tenía ilusión con la rebeca. La llevaba para mí, pero al ver la que iba a liar su madre, he preferido ofrecérsela.**

- **Tampoco es que le quede muy bien que digamos –señaló Juliana.**
- **No es nada atractiva, pero de todas formas, cualquier cosa le quedaba mejor que ese horroroso vestido beis del que se ha burlado su primo sin que la pobre se diera cuenta. Te digo yo, Juliana, que ese va a por el dinero.**
- **Eso está claro, pero a mí me ha dicho Carmencita la de Lucía que a ella se le ha declarado, dos veces.**
- **Pero, ¿lo ha aceptado?**
- **La primera, como es natural, no, pero la segunda está pendiente de respuesta y Carmencita pensaba aceptarlo. Quedó en responderle el domingo después de misa.**
- **¡Sinvergüenza! A una la va a dejar plantada y a la otra la va a engañar para robarle el dinero.**
- **Quizás deberíamos decirle algo –susurró Juliana.**
- **Sí, pero con tacto.**
- **¿Con tacto? Claro, ahora vamos y le decimos con tacto que el que la ve atractiva con el vestido beige, le ha pedido matrimonio a Carmencita, que tonta y mala es como ella sola, pero guapa, también; de beige y del color que se vista.**
- **¡Calla!, mira quien entra.**
- **¡Bendito sea el Señor! ¡Con la capa del tío!**

Adolfo entró señoreando la capa en el salón del difunto.

- 
- **¿Qué se habrá creído? No es más que un simple bedel del banco.**
 - **Pero, ¿de dónde habrá sacado la capa?**
 - **De su tío, ¿qué te crees?**
 - **Se acercó a Adela que abrió los ojos, asustada.**
 - **¡Ay! Lo siento, no te había visto. Había cerrado los ojos para rezar...**

Pilar y Juliana no daban crédito a lo que oían: medio salón del velatorio había oído los ronquidos de Adelita.

- **¿Tienes eso? –Preguntó Adolfo.**
- **Sí. Salgamos un momento.**

Se levantaron y salieron a la calle. Juliana se levantó y salió tras ellos.

- **¿Dónde vas? –Pilar la agarró del brazo.**
- **Esto no me lo pierdo por nada del mundo. Sigue tú rezando que ya vuelvo.**

Desde el portal Juliana vio cómo Adela sacaba un sobre del bolso y se lo entregaba a su primo, el de la capa.

- **¿Cuándo me vas a pedir?**
- **No sé... sí, pronto, este domingo.**
- **Muy bien. Hablaré con mamá esta noche.**

- **¿Cuánto hay?**
- **Todo lo que tenía en casa: mis ahorros y lo que me regaló la tía Beatriz que es mi madrina, cien mil pesetas. Lo demás está en mi cartilla del banco.**
- **¿Cien mil pesetas? –los ojos de Adolfo casi se salen de las órbitas mientras apretaba el sobre fuerte con las manos–**
- **. Bueno, ahora me voy, tengo mucho que hacer.**

Se dio la vuelta y salió corriendo calle abajo con el sobre en las manos.

- **¡Adolfo!**
- **¿Sí?**
- **Que sea bonito.**
- **¿El qué?**
- **¡El aderezo! –contestó Adela con cara de sorpresa.**
- **¡Claro, claro! No te preocupes.**

Juliana entró corriendo en busca de Pilar.

- **No te lo vas a creer –le dijo.**
- **Cuenta, rápido. ¿Qué es lo que pasa?**
- **La muy tonta le ha dado cien mil pesetas para que le compre el aderezo. ¡Cuidado que *achaque* le ha echado el sinvergüenza!**

- **¿Cien mil pesetas? No me lo puedo creer. Cien mil guantazos le daba yo a ese... y a ella también.**
- **Pero qué tonta –seguía diciendo Juliana-- Yo, desde luego, si hay que poner dinero no quiero novio. ¡Ay, yo no, dinero no!**
- **Si la cojo, le voy a cantar las cuarenta... –dijo Pilar.**
- **No te preocupes que, en cuanto su madre se entere, se va a enterar la muy tonta. ¡Qué ignorante!**

Adela entró de nuevo en casa del difunto Cándido con cara de despistada. Algo no le terminaba de cuadrar en todo aquello.

Pilar se le acercó seguida de cerca por Juliana.

- **¿Qué has hecho, so idiota, darle dinero al sinvergüenza de tu primo?**
- **¿Yo? No, no...**
- **No disimules, te ha visto Juliana.**

Adela miró a su amiga con cara de pocos amigos.

- **¿Me estabas espiando?**
- **Sí –respondió Juliana sin ningún rubor.**
- **Os da envidia porque vosotras no os vais a casar.**
- **Yo, desde luego, si hay que pagar, no quiero novio – repitió Juliana–. Si es gratis y me lleva al fútbol y a las**

bodas, bueno, no está mal, pero pagar mi propio aderezo, de eso nada.

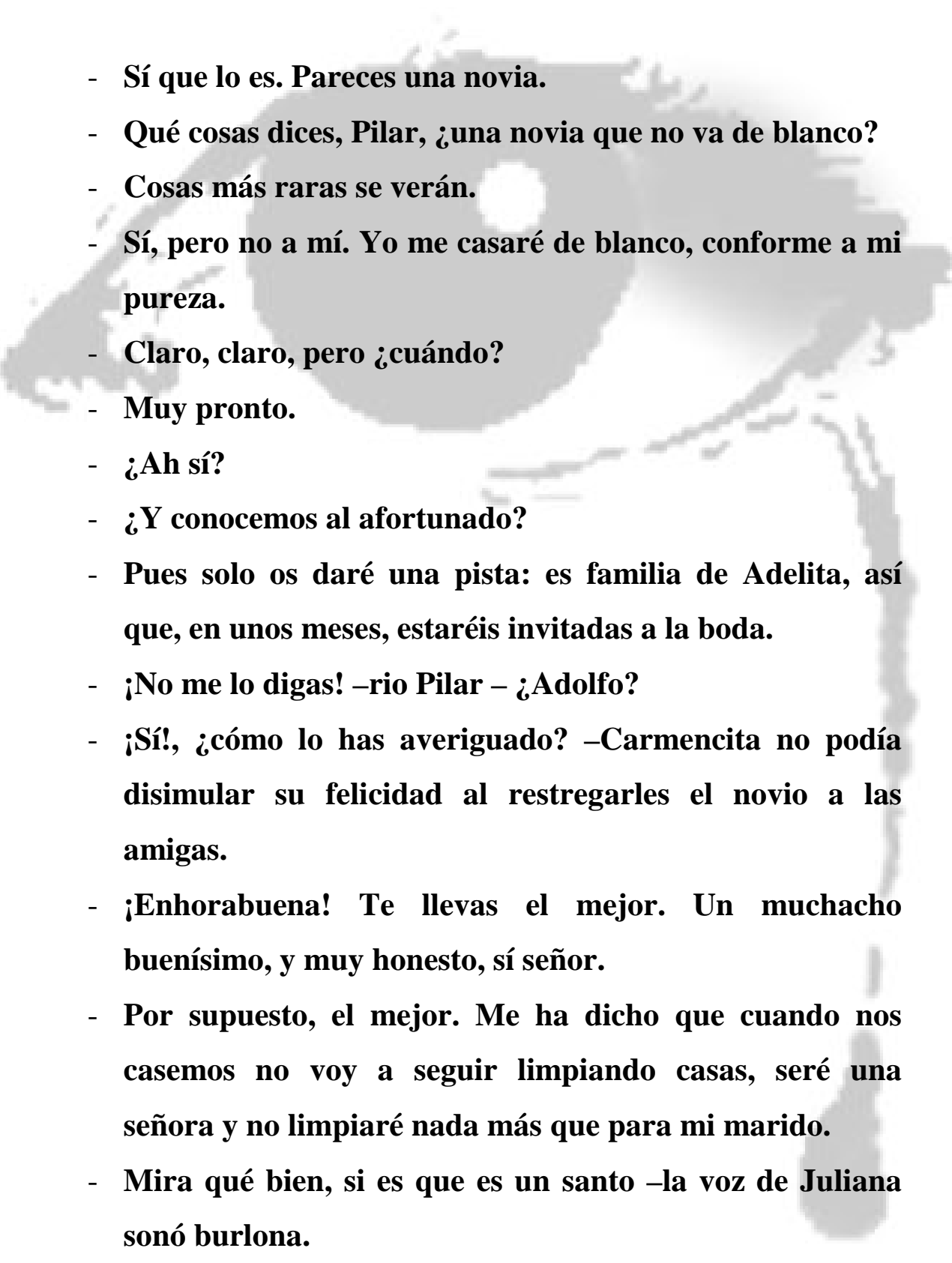
- Mira Adela, a ti lo que te pasa es que eres tonta. Ve ahora mismo y le pides que te devuelva tu dinero o me obligarás a que se lo diga a tu madre –Pilar hablaba muy en serio.
- Ni se te ocurra. Es un préstamo para acelerar la pedida. Me lo va a devolver.
- No me lo creo y, aunque me lo creyera, un aderezo no vale ni la mitad de ese dinero. Además, ese va detrás de Carmencita, la de Lucía.
- ¡No, eso no puede ser verdad! –gritó Adela.
- Pregúntale a ella, por ahí llega con su madre.

Una chica joven, con un bonito vestido estampado, zapatos de tacón de aguja y rebeca negra de perlé con botones de nácar, entró del brazo de su madre y fueron directas a dar el pésame a la viuda, doña Inés.

- Por favor, preguntádselo vosotras- pidió Adela.

Pilar cogió a Adela del brazo y fueron a sentarse junto a Carmencita.

- ¡Qué guapa! –Pilar le sonrió.
- Gracias, no es para tanto.

- 
- **Sí que lo es. Pareces una novia.**
 - **Qué cosas dices, Pilar, ¿una novia que no va de blanco?**
 - **Cosas más raras se verán.**
 - **Sí, pero no a mí. Yo me casaré de blanco, conforme a mi pureza.**
 - **Claro, claro, pero ¿cuándo?**
 - **Muy pronto.**
 - **¿Ah sí?**
 - **¿Y conocemos al afortunado?**
 - **Pues solo os daré una pista: es familia de Adelita, así que, en unos meses, estaréis invitadas a la boda.**
 - **¡No me lo digas! –rio Pilar – ¿Adolfo?**
 - **¡Sí!, ¿cómo lo has averiguado? –Carmencita no podía disimular su felicidad al restregarles el novio a las amigas.**
 - **¡Enhorabuena! Te llevas el mejor. Un muchacho buenísimo, y muy honesto, sí señor.**
 - **Por supuesto, el mejor. Me ha dicho que cuando nos casemos no voy a seguir limpiando casas, seré una señora y no limpiaré nada más que para mi marido.**
 - **Mira qué bien, si es que es un santo –la voz de Juliana sonó burlona.**
 - **¿Por qué lo dices?**

- **Por nada, mujer, porque se ve que tiene que tener dinero ahorrado. ¿Y cuándo dices que es la pedida? –Juliana se alejó sin esperar respuesta.**
- **No lo sé. Le dije que hasta el domingo no le contestaría, pero voy a hablar con él antes, quizás ahora, cuando salga de aquí si es que me lo encuentro en la plaza. A estas horas siempre entra al casino a echar un chato.**

Adela se levantó y salió de la casa. Pilar y Juliana se despidieron de la familia y corrieron tras ella.

- **Irás a pedirle el dinero, ¿no? –Pilar no dejaba espacio para la duda.**
- **Voy a esperar. Seguro que ha renunciado a Carmencita por mí**
- **Claro, por tu vestido beis... –Juliana no pudo reprimir la carcajada.**
- **¡Juliana, cállate!**

Adela echó a correr calle abajo hasta su casa con los ojos vidriosos por las lágrimas.

- **Tienes un tacto que asusta –regañó Pilar.**
- **Pues anda que su primo, ese sí que no tiene tacto – contestó Juliana tan tranquila.**
- **Todo esto, Juliana, me da muy mala espina. ¿No le has notado nada a Carmencita?**

- **No, ¿qué?**
- **Está más rellenita.**
- **¡Anda con Dios! ¿Y qué pasa? Todo el mundo engorda de vez en cuando.**
- **No sé, la cara le ha cambiado, no quiero ni pensar en la decepción de Adelita.**

Entró a su casa rogando que su madre no estuviera. Abajo todo estaba tranquilo: las cortinas corridas, las luces apagadas, las campanas del reloj de carrillón de la entrada anunciaban la hora de comer. Subió las escaleras hasta su dormitorio, entró y se tumbó en la cama a llorar desconsolada.

- **¿Dónde está el dinero? –la voz de doña Luisa cortó el aire.**
- **¿Qué dinero? –Adela se giró sorprendida y muerta de miedo.**
- **El que guardabas en la caja de puros de tu padre.**
- **Yo no guardo...**
- **¡No me mientas, Adela! Había cien mil pesetas y han desaparecido. Voy al cuartelillo a denunciar a Sebastiana.**
- **¡No mamá, no! Bastante tiene la pobre gitana limpiando todo el día nuestra casa y aguantando al desastre de**

marido que le ha tocado en gracia, como para acusarla sin razón.

- **¿No ha sido Sebastiana?**
- **No.**
- **¿Se lo has dado a tus amigas?**
- **Sí, sí, eso es, pero me lo van a devolver. Es que Pilar va a comprar un piso y le hacía falta de entrada, pero el banco se lo va a dar en unos días y me lo devuelve.**
- **No me gusta nada todo esto. Ahora mismo llamo a su madre y que me devuelvan el dinero.**
- **No, no, mamá, por Dios, no lo hagas. Además, tengo que decirte una cosa.**
- **¿Qué cosa?**
- **Adolfo quiere casarse conmigo.**
- **¡Ja! No me lo creo y además no lo consentiré.**
- **¿Pero por qué, mamá?**
- **Porque no es verdad.**
- **Es verdad...Además papá estará encantado**
- **¿Tu padre encantado?, ¿y eso por qué?**
- **Lo estima mucho, le ha regalado la capa.**
- **¿Qué le ha regalado la capa? ¡Sobre mi cadáver!**
- **Pero mamá, va a ser mi marido.**
- **¡Pues dile a tu futuro marido que se compre su propia capa! Faltaría, con el buen paño que es y lo cara que nos costó.**

- Viene el domingo a pedirme. Tendremos que dar merienda.
- Ese viene a por tus dineros.
- Qué no, mamá, que me quiere.
- No te quiere, pero veremos el negocio que hacemos...Escúchame, si de aquí al domingo, antes de esa supuesta pedida tuya, no ha devuelto tu amiga las cien mil pesetas, voy al cuartelillo y la van a sacar de su casa esposada.
 - o No me creo lo de la pedida esa, pero si fuera verdad, espero que tenga algo que aportar este primo tuyo; bastante que pondríamos la casa, como es costumbre y el buen ajuar que llevas desde pequeña. Y a mí que no quiera engañarme con el aderezo, que no intente darnos gato por liebre.
- Será un aderezo magnífico, ya lo verás, mamá.
- ¿Tú crees? –preguntó doña Luisa con recelo.
- Estoy segura.
- Eres rematadamente idiota –doña Luisa se dio la vuelta y Adela se quedó con una sonrisa torpe escrita en la cara.

El entierro del pobre Cándido tuvo lugar a las cinco de la tarde en Santa Águeda y Adela, sentada junto a sus amigas en

el banco de la Iglesia, rehuía la mirada de su madre, que con gestos le indicaba que pidiera el dinero a Pilar.

- ¿Qué dice tu madre? Parece que me mira mucho, ¿no?
- No, no creo...Debe mirar ahí atrás.
- ¿Dónde, al confesionario? –preguntó Juliana.
- Sí, querrá confesar –contestó Adela saliéndose por la tangente.
- ¡Pues anda que la tontería! Don Benito, el cura, no está para eso ahora –Juliana no salía de su asombro.
- No, me mira a mí y te hace señas –insistió Pilar.
- No hagas caso, es que...
- ¿Es que, qué?
- Nada, nada. Si te dice algo del dinero, tú llévale la corriente.
- ¿Del dinero?, ¿qué dinero?
- Voy a comulgar –Adela intentó salir del banco.
- Tú no vas a ninguna parte –Pilar la agarró del brazo.
- ¿Qué le has dicho?
- Solo es hasta el domingo.
- ¿Qué quieres decir?
- Se ha dado cuenta de que no tengo el dinero en casa y le he dicho que...
- ¿Qué?
- Que te lo había dejado a ti para comprar un piso.
- ¿Cómo? –Pilar le retorció el brazo.

- **¡Chist! –La abuela del banco de atrás las miró con enfado.**
- **Sal ahora mismo a la calle. Aquí se ha acabado el muerto por hoy.**
- **No, no pasa nada.**
- **Que salgas –Pilar tiró de Adela hacia la puerta, seguidas de Juliana.**

Ya en la calle, un poco apartadas de la gente del pueblo, Pilar no daba crédito a lo que oía.

- **Mi madre esperará al domingo para exigirte el dinero; mientras, Adolfo me habrá pedido y tendré mi aderezo. Entonces le contaré la verdad.**
- **¿Qué esperará al domingo para exigirme qué...? ¿Tú eres tonta o estás loca? Yo no te debo nada.**
- **Pero es un favor de amiga.**
- **Ni favor ni nada. Tu madre me va a poner de ladrona por todo el pueblo, ¡menuda es! Ahora mismo le digo que no te debo nada.**
- **No, por favor.**
- **Aquí viene –señaló Juliana mirando a la puerta de Santa Águeda.**
- **¿Qué es lo que pasa? ¿No te devuelve el dinero? – increpó doña Luisa.**
- **Yo no le debo ningún dinero.**
- **¿Cómo que no?**

- Como que no. Adela, dile a tu madre que a mí no me has dado ningún dinero.
- Bueno, mamá, luego te cuento.
- ¡Adela, mírame! ¿No habrás sido tan imbécil de darle el dinero al sinvergüenza de...? –doña Luisa se mordió la lengua. No quería que las amigas de su hija se enteraran de más de la cuenta–. Vuelve aquí –gritó a su hija que había salido corriendo tras su primo que doblaba la esquina un tanto esquivo.

Adela corrió calle abajo hasta los arrabales. Adolfo había desaparecido como por encanto. Miró en todas direcciones, por allí no se iba al cementerio, ni a casa de su primo ni había ninguna taberna. Volvió sobre sus pasos.

En la puerta, su madre y sus amigas la vieron llegar.

- ¿Dónde has ido?
- No, nada...
- Bueno, nosotras nos vamos –Pilar tiró del brazo de Juliana.
- ¿Qué? Ah sí, nos vamos, buenas tardes –contestó Juliana.

Al llegar a la esquina, Juliana miró hacia atrás: doña Luisa caminaba a paso rápido camino de su casa, Adela la seguía arrastrando los pies.

- Más le vale a Adelita que el domingo aparezca el primo a pedirla con el aderezo o el dinero porque si no, su madre la mata –dijo Juliana.
- Pues sí, por el bien de Adelita eso espero yo también, pero me estoy temiendo lo peor...

Adela esperó el domingo como el que espera el maná que ha de caer del cielo. Y llegó, por fin, sin pena ni gloria.

Pilar y Juliana, en misa de doce miraban con disimulo a un lado y a otro. Ni rastro de Carmencita, ni de Adolfo, eso sí, al menos pudieron contar doce rebecas negras de perlé con botones de nácar; nadie podía negar que Pilar era una excelente vendedora. Las ojeras de Adelita estaban aún más marcadas de lo habitual. Al salir de la Iglesia, Adela se despidió de ellas.

- ¿No tomas un vermú? –Pilar intentó agarrarla.
- No, gracias, tengo cosas que hacer –y salió apresurada.
- Otro *achaque*. Esta está tonta perdida.
- ¿Os habéis enterado? –la sacristana cuchicheó mirando a todas partes para que no la oyeran.
- ¿De qué? –preguntó Pilar.
- ¿De qué va a ser? ¿Es que no vivís en este pueblo?
- Pues sí, aquí vivimos, pero no sabemos nada. ¿Quién se ha muerto ahora?

- Más que quien se ha muerto, tendrías que preguntar quién va a nacer...
- ¿Cómo?
- Carmencita, la de Lucía, que le han hecho un bombo....
- ¿Qué sí...? –dijo Juliana con ese tono cantarín que tanto la caracterizaba.
- Vaya que sí.
- La madre por pocas se muere del disgusto, pero ahora está tan contenta. Lo tenían callado hasta ayer mismo que fue la pedida y el mes que viene se casan.
- ¿Pero quién es el padre?
- Pues ¿quién va a ser? Adolfo, el primo de Adelita.
- ¡Virgen santísima! Y en la vela de Cándido hablaba de pureza, la muy harpía.
- Bueno, bueno, al menos el novio parece que tiene cuartos; le ha regalado un aderezo que vale un capital.
- Sí, un capital. A ver si lo parte un rayo –dijo Pilar.
- Pero mujer... ¿qué te ha hecho el muchacho? –La sacristana no daba crédito.
- ¡Ea! Que no le cae bien –señaló Juliana sin saber muy bien qué decir.
- Vámonos Juliana, se me han quitado las ganas del aperitivo.
- ¡Anda con Dios!, pues a mí no.
- Vámonos te digo.

Dejaron a la sacristana con dos palmos de narices y se fueron calle arriba.

- **¿Qué hacemos, se lo decimos? –preguntó Juliana.**
- **Tú, chitón. ¿Qué quieres, que maten al mensajero?**
- **Bueno, de aquí a una chispa lo sabrá todo el pueblo. Menuda es la sacristana.**
- **Y lo peor de todo, Juliana, lo más insultante es que le ha comprado el aderezo a Carmencita con el dinero de Adela. En mi vida he visto mayor sinvergonzonería.**
- **Pues a ver si la pobre aprende de una vez y de paso no se pone más el vestido beis...**

Las cinco, las seis, las siete... el carrillón no paraba de dar la hora con sus espeluznantes y sobrias campanadas que antaño le gustaban tanto a Adela.

Suena el timbre de la puerta y Adela corre a abrir.

- **¡Ah! Pase usted. ¡Mamá, es Lucía!**
- **No quiero molestar, ya va siendo tarde. Solo venía a traerles la invitación.**
- **¿Qué invitación?**
- **La de la boda de mi hija. Bueno, debía de traerla el novio, que para eso es familia, pero me ha pedido que lo haga yo porque él tenía mucho jaleo...**

- **¿Se casa Carmencita?, ¿quién es el novio? –Adela no quería creer lo que oía.**
- **Adolfo, su sobrino de usted, doña Luisa. Le ha regalado un aderezo precioso, debe de haberle costado lo menos cincuenta mil pesetas.**
- **¿Y por qué tantas prisas?**
- **¡Ay, doña Luisa!, ¿para qué lo voy a ocultar? Carmencita está en estado.**
- **¡No! –exclamó Adela.**
- **Muy bien, allí estaremos, no lo dude. Y ahora, lo siento pero estamos ocupadas –doña Luisa le empujó hasta la puerta.**

Lucía se despidió y corrió calle abajo. Empezaba a hacer frío y parecía que, después de todo, las rebecas de perlé habría que guardarlas hasta la siguiente primavera y sacar ya la lana.

Adela empezó a llorar apoyada en el marco de la puerta.

- **¡Calla! –dijo su madre.**
- **Pero mamá...**

Doña Luisa la agarró del brazo con fuerza.

- **Está claro que no te vas a casar. Te ha engañado porque eres tonta. Tu padre le pedirá el dinero, aunque**

conociéndolo, dirá que no sabe de qué le habla. Procura que jamás vuelva a tocar un duro tuyo, ni ahora ni cuando te mueras y, delante de la gente, actúa como si nada.

- Y ahora, entra en casa y sécate esas lágrimas. Que nadie te vea jamás llorando por un hombre a no ser que sea tu marido y esté metido en un ataúd.
- ¿Pero, por qué, mamá?
- Porque eres mocica y pierdes.

Se secó las lágrimas y entró, doña Luisa cerró la puerta.

El aire frío del otoño recién llegado se había colado dentro de la casa. Adela se abrochó la rebeca negra de perle con botones de nácar para entrar en calor, pero ya era tarde.

En el cementerio, el pobre Cándido, descansaba para toda la eternidad en un nicho más cálido que el corazón destrozado y frío como una piedra de la pobre Adela.

FIN

TERESA VIEDMA JURADO